

La clase de lectura debe probarle que la tiene en muchos casos, y enseñarle la manera de encontrarla; debe convencerle de que las páginas del libro, aunque no tan elocuentes como la expresión viva y directa, dicen mucho más de lo que aparece á primera vista; que es posible dirigirles á ellas la consulta que no podemos hacer al autor, y obtener en multitud de ocasiones respuestas satisfactorias; sólo que esa consulta tiene que ser más insistente y detenida, y requiere un arte especial para evacuarla con éxito. Todo esto, repito, ha de aprender, y no simplemente, como ya se supone, por oírlo decir, sino viéndolo y comprobándolo prácticamente bajo la dirección del maestro, es decir, ejercitándose en *hacer* por sí propio todo lo que exige una lectura inteligente y fructuosa.

Pero aquí, como siempre que se trata de obtener un trabajo personal del alumno, hay que ver ante todo en qué condiciones ha de realizarlo, dada la preparación que necesita para hacerlo, so pena de resignarse á que el trabajo no se haga ó se haga sólo en apariencia— que tanto monta, puesto que entonces sería ilusorio el fruto.— Nunca más obligada esta consideración, si más pudiera serlo alguna vez, que llegado el instante de abordar las dificultades superiores de una obra, y las superiores en la enseñanza de la lengua comienzan, si lo dicho vale, el día en que los niños han de interpretar la expresión del pensamiento ajeno sin más dato que su escritura ni más recurso que la propia reflexión: el día en que reciben el primer libro. No avancemos, pues, un paso más sin ver qué libro les damos y en qué circunstancias se lo ofrecemos.

X.

LOS LIBROS DE LECTURA.

Siguiendo la marcha expuesta en capítulos anteriores (1), los alumnos llegarán á familiarizarse con toda la lengua escrita por sólo el análisis fonético de la oral, y antes de entrar, por consiguiente, en los demás análisis que han de ser complemento de esta enseñanza y de toda la del idioma.

En ese punto, es decir, cuando estén en disposición de descifrar corrientemente un manuscrito, nada más natural que hablarles un día de la época en que los autores no disponían aún de otro recurso, para la propagación de sus obras, que la multiplicación de las copias manuscritas. Nada más natural que hacerles advertir la lentitud y las dificultades del procedimiento, y contarles con tal motivo el origen de la gran invención que vino á subsanarlas, de la invención de la imprenta. Nada más útil también que interesarlos en el relato, procurando que se penetren de la inmensa trascendencia que el descubrimiento ha tenido para el progreso de la civilización—como la podrá tener para su propia cultura el uso que ellos hagan del invento en lo sucesivo; aunque no hay para qué hablarles de lo último, ni descubrirles la segunda intención en que se les da entonces aquella lección de historia.—Ese es el secreto del maestro que, como un verdadero artista, cuando pre-

(1) Capítulos V, VI y VII.

para el ánimo de su público para un efecto determinado, se guarda muy bien de desvelarle el objeto de la preparación, ni de dejarle sospechar siquiera que lo prepara para nada. Y es, sin embargo, á lo que aspira: á que sus discípulos oigan esa página de historia como quien asiste á la revelación de una gran maravilla, para que las obras tipográficas y el arte de descifrarlas adquieran á sus ojos las proporciones de una magna empresa, porque á ese arte van á ser llamados, y se encontrarán gratamente sorprendidos al sentirse con fuerzas para la magnitud del empeño. Pero es preciso que antes midan la magnitud; y para eso, que nosotros les demos la medida. No hay, pues, que desdeñar los preparativos que á tal objeto conducen.

Yo, por mi parte, si fuese el maestro, y tuviese mi escuela en una ciudad, haría otra cosa después de lo dicho: dividiría en secciones á mis alumnos; me encargaría de una; encomendaría las demás á otras personas (que nunca falta quien se preste á servicios tan pequeños, y sin embargo, tan útiles); y bien en un día, bien en más, si la clase por desgracia era muy numerosa, los llevaría á ver una imprenta. Sería el mejor remate de mi lección de historia, y el mejor acicate para que á mis discípulos les entrara la comezón de manejar letras de molde, y de emborronar papel con tipos así, tan magníficos y sorprendentes. Cosa de juego, es claro; pero ese juego suyo haría el mio para que aprendiesen en seguida y con gusto los caracteres de imprenta, toda vez que los niños jamás trabajan en ninguna cosa tan *de veras* como cuando trabajan jugando. Por lo mismo, yo procuraría inspirarles el deseo de entretenimiento, aunque estuviésemos en el último rincón de la península; porque, si no siempre es fácil y absolutamente preciso ver una imprenta, el *jugar á imprentas* se encuentra al alcance de todos los muchachos á quienes se imponga en el secreto, y á mi gente le vendría de molde.

No entiendo, naturalmente, que para divertirse les haga falta una fundición ó cosa parecida; pero á nada se opone darles, por ejemplo, una colección de letras caladas, como las que se usan para hacer anuncios á mano. Con esos estarcidos, un papel á que aplicarlos y pincel, tienen los muchachos cuanto pueden ambicionar para *hacerse la cuenta* de que son unos consumados tipógra-

fos. ¿Y la clave para el entretenimiento? La clave pronto se arregla: una lista con el alfabeto manuscrito en una columna, y en otra, al lado, el impreso que los niños desconocen. Eso es todo. Ellos harán los demás, ellos buscarán en cada caso los caracteres del segundo correspondientes á las letras que emplearían para escribir las palabras que deseen componer. Á hacer, pues, letreros, carteles, títulos de obras, lo que les plazca ó se les sugiera. Se comprende que en bien pocos días la clave se habrá hecho absolutamente innecesaria, y el alfabeto impreso estará dominado, sin que haya sido menester aburrirse, para conseguirlo, en un ejercicio abstracto y enojoso.

Á tal altura las cosas, una tarde, en la última hora, para la cual hay que reservar siempre los mayores alicientes del día, yo supongo que os dejáis abierto por distracción, á la vista de vuestros alumnos, un librito que habéis llevado con vosotros. Tiene grabados llamativos, y su imán atrae muchas miradas curiosas. ¿Qué? ¿quieren ver las estampas antes de empezar la última clase? No hay inconveniente; que se arreglen como puedan, porque desgraciadamente no hay más que un libro. Dejadlos no creáis que van á permanecer mudos mucho tiempo. Cada cual tendrá que preguntaros alguna cosa sobre el grabado *a* ó sobre el grabado *b*. “¿Qué hace este hombre que está en el suelo?”—os dirá uno mirando una página.—“Es que le ha dado algo ó que lo han matado?”—“Y este perro que hay aquí—se informará otro—¿por qué corre tan detrás de este niño?”—“¡Calla! ¿Pues y este enano tan feo, quién es? ¡Mire usted! ¡Este, éste!”—Y el último preguntante se acercará á vosotros, y tras él los primeros, y en pos de ellos media clase, y acabaréis por tenerlos á todos á vuestro alrededor, dispuestos á no dejaros vivir. Supongo que muchos que no fuesen maestros se dejarían tentar por Satanás en aquel instante, y darían un grito á las criaturas al verlas tan parleras y movibles. Vosotros que vais buscando tales manifestaciones de interés, y que os holgáis de ellas en vuestros adentros, lo que hacéis de seguro lisa y llanamente es recomendarles que aquellas preguntas se las hagan al libre; que no sean babiecas, y vean lo que dice en la página contigua al grabado, en las dos ó tres líneas que les señaláis. Momento solemne. Todos los ojos que pueden

mirar á la vez en la página se clavan en ella, dispuestos á arrancarle su secreto, y... no hay duda: el secreto está revelado, porque los flamantes intérpretes lo pregonan un número de veces lo bastante razonable para hacer perder la paciencia á cualquiera que no sea el maestro, y es muy probable que el pregón no se extinga hasta su casa. ¿Qué digo lo probable? Lo seguro, sí, como importa, los padres, de acuerdo con el profesor, se han cuidado bien de no poner antes ningún libro en manos de sus hijos, á fin de reservar toda la novedad de la impresión para el instante oportuno.

Pues los demás no van á resignarse á permanecer de brazos cruzados. Las cosas no pueden quedar así: ellos también necesitan ser héroes, y quieren hacer otro descubrimiento. Bien; que lo hagan, pero ya ven que no hay más que un libro, y que es imposible estarse así hasta el día siguiente. ¡Es una lástima! ¡Si hubiese uno para cada cual!..... A todo esto dejais escapar indiferentemente rápidas alusiones á ciertos hechos relacionados con el asunto de alguna ilustración, alusiones veladas que aviven la curiosidad, y hagan presentir un mundo de maravillas en las páginas de aquel librito, pero sin descubrir ni remotamente ninguna.

La situación está preparada; y en los efectos del arte pedagógico, como en los de todo arte, entra por mucho el saber preparar las situaciones. La concurrencia os pedirá que seais más explícitos sobre alguno de aquellos misterios que le habeis dejado entrever. Ha llegado la hora que aguardábais. Leed uno de los cuentos—porque ya se colige que de cuentos quiero hablar.—Leedlo poniendo vuestra alma en la lectura, como si estuvieseis en presencia del más selecto auditorio, y como si se tratara de la creación más portentosa del ingenio humano. Leed con la convicción y el secreto regocijo del que va á sentar los cimientos de una obra durable. Es preciso que vuestro público saboree todas las delicias de aquel cuento, y es preciso naturalmente que el cuento tenga delicias que saborear para paladares infantiles (punto sobre el cual insistiré); si no, no sería fácil que salieseis airoso de vuestro empeño, y valdría más dejarlo. Pero si el cuento habla bien á la fantasía de los niños, ¡oh! entonces, al acabar, cerrad el libro tranquilos, y levantad la clase sin añadir una sola palabra. Al día siguiente, ó pocos después, si vivís en la ciudad, vereis aquel libri-

to en manos de vuestros alumnos. La educación ha hecho su obra.

Porque *esa* es su obra; y al reiterarlo, no aludo á la forma especial de la clase que acabo de describir sumariamente—que, en cuanto á forma, cada maestro sabrá elegir entre las infinitas que su buen criterio le inspire.—Me refiero á la previsión con que deben dirigirse todas las cosas, para que los alumnos, al coger el primer libro, sientan en el instante el *deseo* de leerle, y comprendan á una ojeada la *posibilidad* de lograrlo. Son condiciones elementales para el éxito de toda enseñanza, que rara vez acertamos á unir; y el éxito, sin embargo, depende de su unión. Si á una persona aficionada á la música, é impuesta en lo más rudimentario, se le entrega una serie de piezas sencillas é interesantes, y ella, al recorrerlas con la vista, se convence de que puede interpretarlas, es evidente que se pondrá á hacerlo con alma y vida. ¿Deseaba otra cosa? Claro es que sí, en vez de trozos sencillos cuidadosamente escogidos, se le presentan varios con dificultades superiores á su preparación por el momento, renunciará á la empresa por mucho que le entusiasme; pero no es menos claro que, si las piezas sencillas se sustituyen por los ejercicios áridos é insignificantes de muchos métodos, se habrá sometido á una prueba tan dura como inútil la afición del principiante: dura, porque se le obliga á consumir horas y horas en un trabajo, que no será de seguro por exceso de atractivo por lo que peque; inútil, porque todos aquellos ejercicios los podía hacer tocando cosas que valiesen la pena, y donde las dificultades estuviesen tan graduadas como en el método, suponiendo que en él lo estuviesen á maravilla. Cómo saldrá la prueba, en la mayoría de los casos, el aspirante á músico, no tengo yo que decirlo. Me limito á observar que, en cosas de enseñanza, y en otras muchas, lo mejor es tratar a los niños y al común de los mortales como si no fueran héroes. ¿Hay modo más sencillo de no correr albuces?

Idéntica es la situación del que aprende á leer. Démosle grata y fácil lectura, después de la preparación reseñada, y él se pondrá á la obra sin necesidad de excitaciones, ni menos de mandatos. Todo estriba desde entonces en el libro, materia de los ensayos del lector, que debe elegirse con tanto esmero como la que sirve al músico para sus ejercicios, y en general, como la que utiliza para

los suyos todo el que aprende algún arte. No hay aquí nada que sea indiferente: ni la calidad, ni las proporciones, ni el lenguaje, ni el tono y estilo de la obra. Lo sería, si, como al hablar de la escritura dije, entendiésemos que los ensayos de lectura no tenían más objeto que habituar al alumno á traducir los signos del lenguaje gráfico en los del lenguaje oral, sin preocuparse para nada de lo que éstos á su vez traducen ó expresan: porque, es claro, reducida la cuestión á tales límites, el fondo de la lectura es indiferente, ya que no ha de llegarse hasta él, é indiferentes los términos en que se desarrolle, toda vez que no han de interpretarse. Pero si al habituarnos á semejante traducción nos proponemos algo más que un mero cambio de signos; si el buscar tras las letras las palabras es porque estas últimas significan algo á que debe convertirse nuestra atención; si leer es, en fin, penetrar en el fondo de lo escrito para poder asimilárnoslo mediante el trabajo ulterior de nuestro pensamiento, entonces no hay que decir que ese fondo y la manera como se exponga dejan de ser indiferentes para convertirse en un problema delicado, de cuya solución pende en absoluto la eficacia de tales ejercicios.

Se me dirá quizá que nadie niega estas cosas, y que podía haberme ahorrado el trabajo de afirmarlas. Pero yo no he pretendido que nadie las niegue; ya supongo que no se va á discutir si vale más que los muchachos sepan ó ignoren lo que leen, y si es mejor que se deleiten ó que se aburran leyendo. (1) Lo que creo es que

(1) Lo único que discuten las personas interesadas en los problemas de la educación es si es posible que los niños se interesen en la lectura desde el primer instante, al recibir el primer libro. Ahora, excusado es decir que eso depende de lo que hayan hecho antes de recibirlo. Si no se han familiarizado previamente con la correspondencia oral de los signos, de la manera apuntada en los capítulos anteriores, es manifiesto que, al tratar de leer una obra, tendrán que preocuparse de descifrar los caracteres, y desatender el sentido en proporciones idénticas á las que alcance esa preocupación. En esta hipótesis es evidente que, por sencilla que sea la obra, no la entenderán al comienzo, ni es fácil de esa suerte que los atraiga por interesante que sea. Pero adviértase que no es forzoso aceptar la hipótesis, como han hecho los que han presentado la objeción, sino que precisamente lo que importa es destruir esa premisa, hija de la posición tradicional en que ha llegado planteado á nosotros el problema de la lectura. Para leer es preciso dominar ante todo el mecanismo de la lengua gráfica; si los niños han empezado por aprender á escribir y á descifrar corrientemente lo que escriben unos ú otros, es claro que poseen ese dominio. La ope-

pasará indefectiblemente lo segundo, aunque la clase se dirija de la manera más ideal, si el libro es malo, y creo que lo son bastantes de los escritos para labrar la felicidad de la infancia; pero..... bastantes,—como que debían ser los últimos—Pues bien: tomemos por equivocación uno de éstos; y hemos dado un golpe de muerte á nuestra clase. Toda la preparación que veníamos suministrando á nuestros alumnos hipotéticos para este ejercicio, y todos nuestros propósitos de hacerla servir ahora á la enseñanza de la lengua, todo eso está demás. O se conjura el peligro, ó no hay que seguir adelante, porque de allí va á resultar todo lo que se quiera menos lo que íbamos buscando, que era una clase de lectura.

Imagínese, si nó, que la sustancia del cuento leído el primer día es la siguiente:

Dos niños muy pulcros, y caballeros en unas jacas, encuentran á otros dos que, en vez de pasearse en jacas, van descalzos de pié y pierna, con la cabeza no menos oreada que las pantorrillas, los pelos en plena rebelión, y hechos en suma una lástima. Los poderosos se detienen ante aquel espectáculo, y el mayor, que es el más sabio naturalmente, dice á los símbolos desgrefñados de la pobreza:

—¿Qué hacéis ahí?

—Estamos mirandoos,—responden los símbolos.

—¿Es que os da pena no poder ir como nosotros?

—No—contesta uno de los aludidos;—porque nosotros somos pobres, pero honrados, y no tenemos envidia á los ricos; nuestros padres dicen que la envidia es una cosa ruin, y que á nadie perjudica tanto como al que la alimenta.

(No se olvide la edad y la estampa del orador sentencioso.)

—Dicen muy bien vuestros padres—asienta su interlocutor con esa condescendencia tan propia de las inteligencias superiores.—Y en seguida, como iluminado por una revelación súbita, se apea de su jaca, y añade:

ración del descifre perteneciente al conocimiento de la escritura y al recuerdo del valor de sus signos (cap. IX), no entorpecerá el fin propio de la lectura; el alumno podrá disponer de la bastante libertad de espíritu para enterarse del contenido de las páginas, y todo dependerá ahora de la medida en que el libro acierte á atraer su atención, y el maestro á dirigirla, que son los puntos de que se trata en el present y en el siguiente capítulo.